



NOEMÍ MUÑIZ

Juramento
de Sal

Matchstories

Juramento de sal

Noemí Muñiz

 Matchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Noemí Muñiz, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-08-28735-3

Depósito legal: B. 6.072-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Contando atardeceres
La Vecina Rubia



Duna

La soledad es algo que nunca me ha preocupado lo más mínimo; es más, de vez en cuando la saboreo feliz. Me gusta vivir sola, aunque haya momentos en los que eche de menos estar acompañada. Bueno, realmente vivo con otro ser vivo, mi gata *Chapata*.

La adopté hace dos años. Acompañé a mi amiga Michelle al refugio en el que colabora y me contó con cara de pena que era el último gatito que quedaba de su camada. La vi tan pequeña, tan frágil, tan comestible (era preciosa) que le dije que la adoptaba. Mi amiga es bicha mala, sabía que comentándome que se había quedado sola me la llevaría. Y aquí estamos *Chapata* y yo en el calor de nuestro hogar. Sé lo que quería *Chapa*; como se suele decir: Gata quiere gato y yo... pues también lo quiero, y que arañe con fuerza (guiño, guiño).

Mi vida sentimental es inexistente. Mis dos mejores amigas viven con sus novios, así que podéis imaginaros la escena cuando hacemos cenas en mi casa. Ellas vienen acompañadas y se van de la misma manera. Y yo... pues me quedo como estoy, más sola que la una. Lo mismo sucede en verano cuando deci-

dimos hacer alguna escapada. Y ya empiezo a extrañar el hacer la croqueta con algún novio en una playa perdida o, simplemente, ver el atardecer.

Nunca me había importado en absoluto, pero sí debo admitir que, de un tiempo a esta parte, mis neuronas comienzan a mandarme señales. ¿Veo a una pareja de la mano por la calle mientras se hacen carantoñas? Los miro. ¿Veo a parejas de ancianos caminando cogidos del brazo? Los miro también, y siempre con cara de «qué bonita estampa, yo quiero esto algún día». Ya llegará, estoy segura.

Mientras espero a que aparezca esa persona que ponga mis cimientos patas arriba estoy centrada en mi profesión, esa que me apasiona y que hace que viva estupendamente, pero ya entraré en detalles más adelante.

No hay manera
Anna Casanovas



Gael

Estoy «encerrado» en mi piso debido a que tengo entre manos uno de los proyectos más importantes de mi carrera y debo darle el cien por cien de mí, tanto en profesionalidad como en tiempo. Por eso, en situaciones así, mi mundo se para y solo existe el trabajo. Ni familia, ni amigos, ni mujeres. Solo mi ordenador y yo.

Llevo años teletrabajando desde casa y mi momento de desconexión es precisamente cuando termina mi jornada laboral y me largo de mi piso a tomarme unas birras con mis amigos y a tirar la caña por si tengo suerte y pesco algo, pero estas semanas, como os acabo de contar, es imposible.

Sé que soy un tipo atractivo, desde que tengo uso de razón siempre me lo han dicho y debe de ser así porque, día que quiero echar un polvo, día que estoy entre las piernas de alguna mujer.

No me malinterpretéis, no soy de los típicos machirulos que se pavonean de sus conquistas, no es algo que vea ético ni que me guste. Pero simplemente a los hechos me remito. Si no tuviese la suerte del casanova, también os lo diría.

Así que aquí estoy, sin poder desconectar de esta mierda, y no sé qué será de mí el tiempo que tenga que estar pegado a este ordenador.

Antes de seguir con el desarrollo de la aplicación que me tiene absorbido voy a aprovechar para hacer la compra *online* del mes.

Siempre compro cosas básicas: cervezas, papel higiénico, comida precocinada y regaliz rojo, mucho regaliz rojo. Bueno, y quizá sucumba de nuevo a la nicotina porque, viendo la que tengo encima, no sé qué será de mí y no sé cuándo volveré a mi libertad.

Bienvenidos a mi caos

Raquel Díaz



Duna

Estoy que me tiro de los pelos. Mis amigas han decidido que era muy guay coger esa oferta de viaje para esta semana... justo cuando yo estoy hasta arriba de curro y no me puedo escapar. Hijas del mal, están a punto de ser expulsadas de nuestro grupo de WhatsApp, aviso. Así que, en los momentos en los que no estoy con las manos en la masa, me dedico a ver la tele. Es lo que tienen los tiempos de espera.

Ya estoy más que harta de Netflix, HBO, Amazon Prime... Sí, me he vuelto un poco loca y estoy dada de alta en todas las plataformas digitales de pago que tienen entre sus títulos algunos que quiero ver, sin olvidarme también de Disney Plus.

Bueno..., realmente di la turra a mis hermanos y cada uno contrató una. Luego compartimos la cuenta y contraseña y así todo quedó en familia.

Quizá no sea muy legal, pero soy de las que dicen que en la ignorancia se vive más feliz.

He tenido la gran suerte de nacer en un hogar en el que nunca nos ha faltado de nada y en el que siempre hemos respirado

mucho amor del bueno. Somos cuatro hermanos, dos chicas y dos chicos.

Yo soy la más pequeña, pero tan solo por un minuto y diecisiete segundos. Ese es el corto espacio de tiempo durante el cual mi hermano Darío tuvo el estatus de ser el heredero más joven. Después llegué yo y le fastidié el asunto. Aun así, me ama por encima de todas las cosas.

Por delante están mi hermana Dora, que es la mayor de todos, y mi hermano Denis, el segundo en el trono de sucesión. Como podéis ver, a mis padres les gustó la brillante idea de que todos nuestros nombres comenzasen por la letra de. Podría haber sido peor..., aunque, si alguna vez le hacéis a mi hermana la bromita de la exploradora, tal vez muráis entre terribles sufrimientos.

Así fue la primera toma de contacto con mi cuñado Gonzalo. Estábamos en un pub, en la fiesta de mi dieciocho cumpleaños (y el de Darío, siempre lo hemos celebrado juntos), y ahí se acercó él a ronearla.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el pobre hombre.

—Dora —contestó la arpía de mi hermana.

—¿La exploradora?

Y en ese momento y como si todo transcurriese a cámara lenta, mis dos hermanos y yo vimos como la primogénita de nuestros padres cogía de los huevos a ese muchacho, que empezaba a ponerse morado y que abría los ojos con sorpresa mientras escuchaba.

—Esta vez no te los retorceré del todo, pero para la próxima quizá haga que no tengas descendencia en tu miserable vida.

El valiente de él podría haber huido raudo y veloz, pero no. Esto fue lo que sucedió.

—Entonces, ¿habrá próxima vez? —Minipunto y punto para el equipo de los chicos.

—Invítame a un copazo y lo vamos viendo... —le respondió ella con una sonrisilla en la boca.

A los diez minutos nos los encontramos en el pasillo de los baños intercambiando fluidos salivales como si fueran animales. De eso hace ya cinco años. Él tuvo suerte, el resto no la tendríais.

Mis padres creían que tener una casa al estilo de *La tribu de los Brady* sería lo más genial del mundo y fue así como en seis años se plantaron con cuatro hijos. Ellos querían ir a por un tercero, pero mi hermano y yo aparecimos en plan Dúo dinámico. La sorpresa se la llevaron en la segunda ecografía. El susto inicial resultó considerable, menos de treinta años y cuatro vástagos, pero fue salir de la consulta del médico y saltar de alegría.

Nuestra diferencia de edad casi no se nota, así que siempre hemos estado muy unidos, cosa que me encanta.

Y aquí es cuando añado otro dato: soy la única que no tiene pareja y que vive sola.

Realmente no me puedo quejar en el arte del ligoteo. Jamás me han dado calabazas, aunque también es verdad que mi lista de amantes tampoco es muy extensa.

Nunca he tenido una relación seria. No tengo ningún ex topapelotas que aparezca cada equis tiempo en mi vida y nunca he tenido que aguantar a una suegra pesada. ¿O sí...?

Creo que lo de las buenas suegras es una leyenda urbana porque todas mis amigas reniegan de las suyas. Otro dato considerable: soy la única de todo mi grupo de amigos que no tiene una relación. No soy rara, soy selectiva, que no es lo mismo.

He visto como mi amiga Angi se iba con alguien que no le

gustaba por el simple hecho de no quedarse sola y yo, eso, no lo quiero. Gracias a los astros, ella ya tampoco, y por eso se enamoró hace tres años de Matías y están en amor y compañía todo el día.

Ya sabéis algo más sobre mi vida amorística y ha llegado el momento de deciros cuál es mi profesión..., pues ahí va: me dedico en gran parte a las redes sociales. Hago repostería creativa y subo mis recetas y creaciones a mi canal de YouTube y a mi perfil de Instagram. Entre mis dos canales, sumo más de cien mil seguidores, así que puedo afirmar que no me va del todo mal.

Para mí es un trabajo como otro cualquiera, en el que pago religiosamente todos los meses mi cuota de autónomos, invierto un montón de horas en ello y la recompensa hace que no me pueda quejar para nada.

Supongo que habréis pensado por un momento que era de las típicas personas que ponen morros, meten barriga y sacan culamen, pero no. Hago mis recetas, grabo el paso a paso y subo un montón de fotos y vídeos de los resultados finales.

Mis redes sociales me generan bastante beneficio en cuanto a publicidad, ya que muchas marcas y grandes *influencers* quieren trabajar conmigo.

Siempre tengo bastante material guardado de pequeños postres y dos veces al mes preparo tartas de varios pisos y llenas de colorido. Una vez hechos, los voy repartiendo a mi familia y amigos, ya que no puedo comérmelo yo todo. En ocasiones mi hermana me ha propuesto que lo que sobra lo entregue por el vecindario. No es lista, la tía..., ya lo entenderéis. Pero, claro, eso supondría llevárselo también a mi vecino de rellano.

Las pécoras de mis amigas siguen llenando el chat con fotos de sus vacaciones. Esta vez ha sido un *book* fotográfico de ellas

dos tumbadas en unas hamacas y con unos mojitos en las manos. Yo os maldigo (digo todo esto con cariño, pues estoy feliz de que las tías perras estén disfrutando de lo lindo). Necesito no pensar en que ellas están allí torrándose al sol sin mí, así que decido despejar la mente. Haré unos *cupcakes* de chocolate con zanahoria..., pero ya sabéis lo que suele pasar en estos casos, que estoy viendo que me falta algo. Puta ley de Murphy. Me faltan las zanahorias. He decidido hacer inventario de mi despensa y de mi nevera y aprovechar para mirar lo que me hace falta para hacer el pedido *online* del mes.

Tengo la gran suerte de que el súper que hay casi pegado a mi casa es de mis caseros, así que los gastos de envío no me los cobran y me lo suelen traer en un periquete. Algún enchufe tenía que tener.

Debo decir también que el repartidor, Javi, en alguna ocasión me ha propuesto quedar a tomar algo. Siempre he declinado la oferta, y eso que el zagal está de toma pan y moja. Quién sabe, quizá algún día acepte; tampoco pierdo nada y puedo ganar un buen retoce.

Mi edificio es uno de esos típicos que había antaño que constan de un entresuelo y dos plantas.

En el entresuelo hay un atelier de vestidos de novia. Podéis imaginaros todo lo que me he encontrado ahí abajo... Novias felices, novias llorando, madres nerviosas, suegras horrorizadas. De todo. Hasta a una hermana diciendo que preferiría arrancarse los pelos púbicos con una pinza de depilar a seguir aguantando a algunas clientas. Un dato importante, esa hermana era la mía. Menos mal que la mujer tiene el láser hecho en esas majestuosas partes, porque capaz sería de cumplir lo dicho. El negocio es de ella y de ahí que siempre me diga que le lleve postres al trabajo. Dice que así seguro que vende más ves-

tidos y consuela a más de una novia. Claro que sí, no hay postre que no quite los nervios, habrase visto.

Así que, sí, Dora curra justo debajo de mi casa. ¿Es raro? Sí, fue raro descubrir que el piso que me habían ofrecido para alquilar estaba justo encima del negocio de mi hermana, pero a mí me encanta tenerla así de cerca. Por eso ahora seguimos sumando cosas deprimentes: el atelier está cerrado, ya que están haciendo unas cuantas reformas

En la primera planta vivo yo. Mi piso es superamplio, muy soleado y me transmite mucha paz. Fue un chollo verme a vivir aquí sola y poder permitirme pagar el alquiler. La dueña es hija de unos amigos de mis abuelos y, como nadan en dinero, debieron de querer ser buenos samaritanos y mi piso y el de enfrente nos los tienen alquilados a mi vecino y a mí a un precio más que razonable tanto por los metros cuadrados de la vivienda como por la zona en la que está.

Como podéis deducir, enfrente vive un chico. Su casa es un ir y venir de todo tipo de mujeres. A mí me alucina que este chaval aún tenga la churra en un sitio, porque me imagino que todas esas chicas no van a tomar el té con pastas a su casa. Menudo donjuán, hay que ver. Tengo que deciros que el tío es un empotrador con patas. Es el típico que sabe que está bueno.

Algunas de mis amigas lo conocen porque se ha cepillado a algunas de las suyas. Además, aparte de las noticias que nos llegan de ellas, los gritos, gemidos y blasfemias que sueltan las tías que están en su cama, y que hacen que yo, su vecina de enfrente, soltera y necesitada, me muera de envidia día sí y día también, no dejan lugar a dudas. Hay que ver lo que folla este muchacho. Es mi nuevo ídolo.

—¿Otra vez? —me preguntó mi amiga Angi un día en que

hice videollamada con ella y con Michelle para que oyesen a tal semental.

—Sí, otra vez. Esto es desesperante. ¿Lo estáis oyendo?

—Como para no oírlo, morena. Qué barbaridad —contestó Michelle mientras no podía parar de reír.

—Espero que utilice protección, porque, como sus bichitos sean de conducción rápida, este ser se va a propagar más que los jabalís.

—A ti lo que te da es envidia. Y no lo digo porque él folle a todas horas y tú no, sino porque te encantaría ser tú la que estuvieses gritando en este momento.

—Pues quizá sí.

—Por Dios, Duna, que nos conocemos. Aún recuerdo el primer día que lo viste en tu edificio y casi te dio un soponcio. Nos llamaste como una loca para comentarnos que tu vecino de enfrente era un portento; que era moreno de piel, de pelo oscuro; que los ojos no se los habías visto porque ni lo habías mirado a la cara por la vergüenza, porque tenías miedo de ponerte a babear mientras lo admirabas. Lo cojonudo es que hoy por hoy tampoco nos lo sabes decir. Joder, ¿cuánto tiempo lleváis siendo vecinos?

—Algún que otro año. Hostias, es que me pone mucho también su indumentaria. Yo qué sé, me pone muy nerviosa su presencia.

Es de los tíos que van informales pero que parece que se han pasado una hora frente al espejo mientras eligen su *outfit*. Vaqueros desgastados, camiseta de manga corta, botas estilo militar y chaqueta de aviador. El corte de pelo es el típico rapadito por abajo, casi al milímetro, pero que por arriba es más bien larguito para peinarlo hacia atrás. Tipo Danny Zuko, pero sin el caracolillo en la frente, eso se lo dejamos a Martirio.

Complexión normal, aunque yo creo que en el fondo está fibroso. ¿Irás al gimnasio? Bueno, desde luego que, con las artes amatorias que realiza el tío, ejercicio hace. ¿Algún día lo practicaré con él? Dios, creo que la sequía está afectando mis neuronas. Es mi vecino. Fin.

Nuestra relación no pasará jamás del «hola» y «adiós» de rigor que nos decimos cuando nos encontramos en el portal o cuando coincidimos recogiendo la correspondencia en el buzón.

Estoy segura de que, si un día nos encontrásemos fuera de este edificio, ni siquiera me reconocería; no sabría que soy su vecina, la que casi se ha vuelto a convertir en virgen.

Finalmente, en el piso de arriba en realidad no vive nadie. Los dos pisos están unidos en un magnífico *loft* y mis caseros vienen en contadas ocasiones. Los entiendo, yo también preferiría vivir en su ático en el centro o en su casa de campo. Seguro que ahora mismo están disfrutando en su piscina interior climatizada. Malditos.

Así que en este momento, en este edificio, los únicos habitantes somos el dios del sexo y yo. Nada alentador.

Voy a ponerme a hacer la compra *online*, así tendré todo lo necesario para poder crear algo y tendré las manos y la mente ocupadas.